

SOBRE EL IRRACIONALISMO RETORNO DE UN PENSAMIENTO RELIGIOSO

UMBERTO ECO

U. E. es uno de los pensadores más importantes en el campo de la semiótica, a la vez que uno de los más prolíficos autores europeos contemporáneos.

Algunas de sus principales obras son: Obra abierta, Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas, La estructura ausente y Tratado de semiótica general.

El artículo que sigue responde a un momento (1979) y una razón precisos, la aparición en escena de quienes pueden considerarse (por su carácter irracionalista y reaccionario) los antecesores del pensamiento posmoderno: los Nuevos Filósofos.¹

La reencarnación de ciertos héroes se presenta, como la versión pop de una serie de fenómenos más profundos y complejos bajo los que parece subyacer toda una tendencia: el retorno del pensamiento religioso. La reaparición del velo islámico nos devuelve a una visión teocrática de la vida social y política; masas de lemmings americanos corren a suicidarse en nombre de la felicidad ultraterrena; movimientos neomilenaristas invaden la provincia italiana, reaparece la Acción Católica, se renueva el prestigio del solio pontificio.

Y junto a estas manifestaciones de religiosidad "positiva", ahí está la nueva religiosidad de los ex ateos, revolucionarios desencantados que se entregan a la lectura de los clásicos de la tradición, astrólogos, místicos, macrobióticos, poetas visionarios; lo neofantástico (ya no la fantaciencia sociológica sino los nuevos ciclos de Artu) y, en fin, no ya los textos de Marx y Lenin, sino oscuros textos de grandes intempestivos, posiblemente centroeuropeos frustrados, decididamente suicidas, que en su vida habían publicado nada, que habían destilado un solo manuscrito y aún incompleto, largamente incomprendidos porque escribían en una lengua minoritaria, enfrentados cuerpo a cuerpo con el misterio de la muerte y del mal, y

¹ Ver **Zona Erógena** número 2; pág. 23.

que hubiesen despreciado francamente la acción humana y el mundo moderno.

Sobre estos elementos, sobre estas innegables tendencias, parece que los medios de comunicación de masas están erigiendo un montaje que repite el esquema sugerido por Feuerbach para explicar el nacimiento de la religión. El hombre, de algún modo, siente que es infinito, es decir, capaz de una voluntad ilimitada, capaz de quererlo todo. Pero también comprende que no es capaz de realizar lo que quiere, por lo que debe representarse un Otro (que posea en grado óptimo lo mejor de lo que él desea) y al cual delega la tarea de colmar el vacío existente entre lo que quiere y lo que puede.

Es decir, los medios de comunicación de masas nos ofrecen por un lado los síntomas de una crisis de las ideologías optimistas del progreso: tanto de la positiva-tecnológica que quería construir un mundo mejor con el auxilio de la ciencia, como de la histórico-materialista que pretendía construir una sociedad perfecta por medio de la acción revolucionaria. Por otro lado, tienden a interpretar de un modo mítico el hecho de que estas dos crisis (que en muchos sentidos, son la misma crisis) se traduzcan en términos políticos, sociales, económicos, como retornó al orden, o como contención conservadora (piénsese en la parábola felliniana del director de orquesta). Los medios de comunicación de masas muestran por medio de otras alegorías el mismo problema y acentúan los fenómenos del retorno a la religiosidad. En ese sentido, mientras parecen actuar como un termómetro que se limitase a registrar un incremento de la temperatura, constituyen, en realidad, una parte importante del combustible que alimenta la caldera. En efecto, sería más bien ingenuo hablar de un desquite de las formas religiosas institucionales. De hecho, dichas formas no habían desaparecido: piénsese simplemente en cierto asociacionismo católico juvenil. Lo único que pasaba era que en un panorama de opinión pública, en el que se podía hablar de una completa marxistización de la juventud, a los que no eran marxistas les resultaba muy difícil afirmarse como fuerza organizada capaz de encontrar un cierto eco. Igualmente, el éxito de la imagen paternalista del nuevo Papa parece más bien el proceso espontáneo de reforzamiento de las imágenes simbolizadoras de la autoridad en un momento de crisis de las instituciones, que, no un fenómeno religioso nuevo. A fin de cuentas, quien creía sigue creyendo, y quien no cree se adapta, se hace el

democristiano cuando es la DC la que le promete un puesto en el Ayuntamiento o flirtea con el compromiso histórico cuando le parece que el PCI le puede asegurar un puesto en el Parlamento. Pero a propósito de estos fenómenos, es preciso distinguir entre la religiosidad institucional y el sentimiento de lo sagrado. El libro recientemente editado por Franco Ferraroti, **Forme del sacro in un'epoca di crisi**, establece esta importante distinción: el hecho de que la frecuencia de los sacramentos estuviese en crisis, no significa que también lo estuviese el sentimiento de lo sagrado. Las formas de religiosidad personal concretadas en los movimientos posconciliares, se han manifestado en el mismo decenio en que los periódicos nos hacían pensar que la sociedad se había secularizado completamente. Y los movimientos neomilenaristas han estado creciendo constantemente en las dos Américas y hoy emergen vistosamente en Italia por razones conectadas con el choque entre las sociedades industriales avanzadas y el subproletariado marginal. Finalmente, forma parte de esta vicisitud de lo sagrado incluso el neomilenarismo ateo, o bien el terrorismo, que lleva consigo la reaparición, esta vez de un modo violento, de un componente místico, de la exigencia de un testimonio de dolor, del martirio, de un purificador baño de sangre. En pocas palabras, todas estos fenómenos, pero no forman parte del montaje, a la moda, del "reflujo". Como máximo, encubren, en el mismo momento en que se ponen pintorescamente en evidencia, una serie de hechos realmente nuevos que más bien están en relación con el renacer del conservadorismo a nivel político.

En cambio, donde, a mi modo de ver, el tema del recurso a lo sagrado presenta motivos de interés es a propósito de una cierta sacralidad atea que no se presenta como la respuesta del pensamiento religioso tradicional al desencanto de las izquierdas, sino precisamente como producto autónomo de un pensamiento laico en crisis. Pero este fenómeno tampoco es de ahora y sus raíces habría que buscarlas más atrás.

Lo interesante es que remeda, esta vez con formas ateas, modalidades que habían sido propias del pensamiento religioso.

La cuestión es que las ideas de Dios que han poblado la historia de la humanidad son de dos tipos. Por un lado tenemos un Dios personal que es la plenitud del ser ("Yo soy el que soy") y que por lo tanto resume en sí todas las virtudes de las que carece el hombre. Es el Dios de la omnipotencia y de la victoria, el Dios de los ejércitos.

Pero por otro lado, este mismo Dios se manifiesta a menudo en sentido contrario: como el que no es. No es, porque no puede ser nombrado; no es, porque no puede ser descrito con ninguna de las categorías que usamos para designar las cosas que sí tienen ser. Este Dios que no es, atraviesa la historia misma del cristianismo: se oculta, es inefable, sólo puede ser captado por la fuerza de la teología negativa, constituye la suma de todo aquello que no puede decirse de él; hablamos de él para celebrar nuestra propia ignorancia; lo nombramos, a lo sumo, como torbellino, como abismo, como desierto, como soledad, como silencio, como ausencia.

De este Dios se alimenta el sentimiento de lo sagrado, un sentimiento que ignora las Iglesias institucionalizadas y que ya fue descrito hace más de cincuenta años por Rudolf Otto en su famosísimo **Das Heilige**. Lo sagrado se nos aparece como "numen", como "tremendum", es la intuición de que hay algo no producido por el hombre y hacia lo cual la criatura siente atracción y repulsión al mismo tiempo. Algo que produce una sensación de terror, una irresistible fascinación, un sentimiento de inferioridad y un anhelo de expiación y sufrimiento. En las religiones históricas, ese sentimiento confuso ha ido adquiriendo la forma de divinidades más o menos terribles. Pero en el universo laico ha asumido, por lo menos en los últimos cien años, nuevas formas. Lo tremendo y lo fascinante han renunciado a revestirse de apariencias antropomórficas, dejando de aparecer como un Ser perfectísimo para asumir la forma de un vacío respecto al cual todos nuestros propósitos se ven condenados al fracaso.

Una religiosidad del Inconsciente, del Torbellino, de la Ausencia de Centro, de la Diferencia, de la Alteridad absoluta, del abismo, han atravesado el pensamiento moderno como contrafiguras subterráneas de las inseguridades de la ideología ochocentista del progreso y del juego cíclico de las crisis económicas. Este Dios secularizado a infinitamente ausente ha acompañado al pensamiento contemporáneo, recibiendo diversos nombres, manifestándose abruptamente en el renacimiento del psicoanálisis, en el redescubrimiento de Nietzsche y de Heidegger, en las nuevas antimetafísicas de la Ausencia y de la Diferencia. Durante el período del optimismo político se había producido una neta ruptura entre estos modos de pensar lo sagrado, o bien entre lo incognoscible y las ideologías de la omnipotencia política; con la crisis del optimismo marxista y del

optimismo liberal, esta religiosidad del vacío que nos constituye ha invadido incluso el pensamiento de la denominada izquierda. Pero si esto es cierto, hay que reconocer que el retorno de lo sagrado ha precedido con mucho al síndrome del huérfano experimentado por tantos desencantados vueltos paranoicos al descubrir que los chinos no eran ni infalibles ni totalmente buenos. La "traición" de los chinos ha asestado finalmente el golpe de gracia (desde el exterior) a quien desde hacía mucho tiempo vivía con la sensación de que bajo el mundo de verdades racionales propuestas por la ciencia (tanto la capitalista como la proletaria) había muchos descosidos y agujeros negros. Y ello sin tener la fuerza suficiente para elaborar una crítica escéptica, lúcida, dotada de **sense of humor** y de poco respeto por la autoridad.

Valdrá la pena interrogarse, en los próximos años, acerca de estas nuevas teologías negativas, acerca de las nuevas liturgias que de ellas se derivan, y acerca de su incidencia en el pensamiento revolucionario. Valdrá la pena comprobar hasta qué punto se ven afectadas por la crítica de Feuerbach, por ejemplo. O bien, si a través de estos fenómenos culturales se está perfilando un nuevo medioevo de místicos laicos, más proclives al retiro monástico que a la participación ciudadana. Veremos también hasta qué punto pueden ser buenos antídotos las viejas técnicas de la razón, del Trivium, la lógica, la dialéctica y la retórica. Suponiendo que quienes sigan practicándolas con obstinación no sean acusados de impíos.